

DE CIVITATE HOMINIS*

POR AQUILINO DUQUE GIMENO

Decía Prim y repetía Azaña que el problema catalán se resuelve bombardeando Barcelona cada cuarenta años. Ninguno de los dos la bombardeó ciertamente, pero ambos fueron testigos de sendos bombardeos que con algo más de cuarenta años de intervalo hubo de sufrir la ciudad. Azaña, como era costumbre en él, no hizo más que repetir la observación de Prim, y Prim, que era catalán y conocía el paño, sus razones debió de tener para hacerla. Prim fue testigo del bombardeo de Barcelona por Espartero y Azaña del bombardeo por Mussolini, aunque prefiero hacerle el favor de suponer que más que en las bombas que cayeron del cielo, él pensaba, para arreglar el problema catalán, en otras bombas que en sus días cayeron de la altura, más modesta, del paraíso de un teatro. El que sea o no aconsejable ese tratamiento de la cuestión a base de bombas es cosa que prefiero dejar a los expertos; yo lo que saco en claro de la explosión verbal de Prim y de Azaña es que, con muy buen criterio, reducían la cuestión catalana a la cuestión de Barcelona o, por decirlo en vernáculo, el **fet catalá** al **fet barceloní**.

El **fet barceloní**, presentado como **fet catalá**, siempre suscitó interés, por lo que pudiere tener de ejemplar, allende —o aquende— el Ebro, máxime en aquellas ciudades que aspiraban a seguir los pasos de gran ciudad que a comienzos de siglo empezaba a dar Barcelona. Una de esas ciudades fue Sevilla.

La cuestión de las nacionalidades, que fue uno de los grandes pretextos de la Guerra Europea, no se manifestó en España a través de agitaciones rurales de carácter étnico, religioso o lingüístico, sino que consistió en el prurito de gobernarse a sí mismas de las dos ciudades es-

* Palabras pronunciadas en la Sesión celebrada como homenaje a J. M. Izquierdo el día 10/X/86

pañolas que habían conocido la revolución industrial. Esas dos ciudades fueron Barcelona y Bilbao, pero fue sobre todo Barcelona la que más dio en reflexionar sobre sí misma, convencida como estaba de ser la más europea —o la única europea— de todas las ciudades españolas. Esa convicción de que Barcelona era diferente no la sustentaban únicamente sus comerciantes y sus industriales, sino su poetas y sus pensadores, y entre todos soñaron una ciudad perfecta que merecía ser capital de una nación ideal. «*Hagamos a Barcelona y Cataluña estará hecha*», pudo muy bien haber sido el lema de los barceloneses de entonces, y por eso la ciudad fue para ellos una realidad política, un hecho político en el sentido aristotélico de la expresión.

La ciudad es el espacio político por excelencia y es en la ciudad donde el hombre se siente civilizado. Política viene de polis y civilización viene de civitas y, según Aristóteles, padre del concepto, no eran ciudadanos todos los habitantes de la ciudad, sino sólo aquellos habitantes que eran titulares de derechos políticos. Por algo es en las ciudades griegas donde nace la democracia como gobierno del pueblo, pero un pueblo restringido que integran exclusivamente aquellos habitantes de la ciudad que son titulares de derechos políticos, que son ciudadanos.

Sin duda alguna es Eugenio d'Ors el barcelonés que con más rigor adapta a Barcelona el pensamiento de Aristóteles. D'Ors sueña una especie de ciudad platónica regenerada a través de sus propias instituciones administrativas y culturales, segregada de la «*turba*» y la «*gente*» y sigue al Aristóteles que niega al obrero el derecho de ciudadanía en la ciudad perfecta, proponiendo en cambio *el proteccionismo de la población y el librecambismo de las ideas*. El hecho histórico que cataliza esta reacción d'orsiana es la Semana Trágica, irrupción violenta de la ciudad real de los suburbios en la ciudad ideal del Ensanche. Ese mismo hecho suscita una reacción diversa en Juan Maragall, a quien por algo d'Ors, que se veía a sí mismo como ideólogo y como clásico, considera como sentimental y como romántico. Maragall escribe en esa sazón artículos como **La iglesia quemada** en el que viene a decir que los incendiarios le devuelven al creyente el cristianismo primitivo, de los humildes, al destruir la paz y el orden de la ciudad que los tenía excluidos y marginados, y **La ciudad del perdón**, en el que pide clemencia para los condenados de Montjuich, con Ferrer Guardia a la cabeza, para que Barcelona deje de ser *la ciudad de las bombas* y que tuvo que publicar en castellano porque Prat de la Riba, identificado con Maura, vetó su publicación en **La Veu de Catalunya**. Esta reacción de Maragall es consecuencia de un concepto de la ciudad distinto del de

d'Ors, y que expresa como sigue:

Ahora que la ciudad nuestra quiere gobernarse a sí misma, será bueno detenerse a contemplarla. La ciudad es la síntesis de la patria. Es la casa payral a donde acuden las más lejanas comarcas que sienten que su alma está en ella... La ciudad es un mundo, el compendio de un mundo, una síntesis viviente. No es una cosa distinta de la montaña, solitaria, ni del yermo miserable; sino que recibe la vida de todo ello y le da alma y sentido. Todos lo que de cerca o de lejos la amen, son sus ciudadanos, porque le dan su espíritu.

Estas palabras las pone José María Izquierdo al frente de su libro **La ciudad de la gracia**, junto con otras palabras, algunas también de Maragall, que contribuyen a darle título al libro: *¿Qué importa la ciudad ni la civilización,... al lado de la gracia de Dios, que movió mi corazón?... ¿Son las ciudades las que han de regir la gracia de Dios, o es la gracia de Dios la que hace y deshace las ciudades?* A otros dos autores agradece Izquierdo el título de su libro, al P. Castillo, autor de un libro de cuentos titulado **El país de la gracia**, y a Angel Ganivet, que, en **Granada la bella**, escribe que *Granada es la ciudad que encanta por el color, y Sevilla la que seduce por la gracia*. No se despidió ahí Izquierdo de Ganivet; líneas abajo vuelve a él para que hable de *un arte que se propone el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan*. Ese arte consistiría para Izquierdo en la gracia, que es lo mismo, como dice Romero Murube, que lo que el pueblo llama ángel, y ese ángel, esa gracia, no es más a su vez que la forma que en Sevilla reviste lo que Spengler llama el alma de la ciudad.

En el capítulo de citas del libro de Izquierdo hay una omisión conspiciua, la de Eugenio d'Ors, el que diría que Izquierdo *regía la ciudad con un susurro*, y sin embargo, es con una síntesis de las teorías de d'Ors y de Margall sobre Barcelona con lo que Izquierdo elabora su teoría sobre Sevilla. *La ciudad no ve en el campo —escribe—... la tierra que ha de ser cultivada, sino mayor espacio donde rendir culto a la ciudadanía... La ciudad vuelve a la naturaleza para colonizarla; y en ciertos momentos históricos, para purificarse, para orearse y embellecerse*. Izquierdo empieza, como se vio, evocando o invocando el amor cívico de Maragall en su advocación de la gracia e insensiblemente se deja arrastrar por el espíritu cívico de d'Ors, espíritu que, como dice Eugenio Trías, *se alza, orgulloso e imponente, frente a la naturaleza, no con afán de destruirla, sino de colonizarla, no con afán de triturarla, sino de marcar sobre ella la hegemonía dominadora de la Ciudad y de su Razón frente a la sinrazón de un supuesto "estado de naturaleza"*. La razón cívica que Xènius opone

al amor cívico de Maragall, por el que la ciudad es hija de la naturaleza y del alma del mundo, cobra forma para Izquierdo en la idea de la ciudad-jardín. Esa idea de la ciudad-jardín es fruto además de la ósmosis entre la ciudad y el campo, explicación que da Izquierdo de un fenómeno sociológico que en aquellos días esbozaran dos cultos notorios —los señores Gсталver e Infante—... **Izquierdo opone la ciudad-jardín a la ciudad tentacular que tritura la naturaleza, cosa que ya había ocurrido en Barcelona y que, muchos años después, ocurriría en Sevilla.**

En *La cité antique*, de Fustel de Coulanges, la urbe es un organismo que crece espontáneamente, pero Izquierdo nos señala que en *La cité moderne* de Izoulet se trata de dar una interpretación arquitectónica del hecho social. *La arquitectura de un pueblo* —escribe Izquierdo— *puede explicarnos su historia y su geografía, en cuanto ha sido modelada por una y otra; y a su vez moldear el alma de una raza y trazar el lugar de la escena donde ha de cumplirse su destino. Y es que la arquitectura al lado de su aspecto estético y técnico tiene un valor ético y político: además de construir, edifica.* Más adelante se pregunta: *Y esa arquitectura ciudadana ¿en qué consiste?* Y responde con este sintagma telescópico, de conceptos que van saliendo uno de otro: *Ciudadanía, civilidad, civilización.* El concepto que Izquierdo, siguiendo a Izoulet, tiene de la arquitectura es de una claridad meridiana, mediterránea, d'orsiana: *La arquitectura es un arte eminentemente social... Etimológicamente supone una jerarquía de conocimientos, de esfuerzos, de trabajadores: jerarquía en la obra misma. Y así es: técnicamente, un arte que se mueve desde ese mundo en que el trabajo es necesidad sometida a las leyes y a los imperativos de la naturaleza, hasta esa región en donde se enseorea el libre juego de la belleza;... la arquitectura, es construcción de la vida y para la vida...*

La gran verdad que alumbró Izquierdo es que no hay civilización donde no hay jerarquía, que no hay ciudad donde no hay arquitectura, y que la arquitectura de una ciudad es su rostro, es decir, el espejo de su alma. En una evocación de la sórdida y agria Lisboa de la revolución de los claveles, nuestro Fernando Chueca citaba a Spengler para hablar de las arrugas que, como consecuencia de ese acontecimiento político, había observado en el rostro de la bella ciudad del Tajo. Chueca describe la Lisboa de 1974 y parece estar describiendo el Madrid o la Sevilla de diez años después, es decir, el espectáculo de unas ciudades invadidas y degradadas por sus propios suburbios como la Barcelona de la Semana

Trágica. *He visto la ciudad —escribe— pintarrajeada como una pobre des-trozona, ajados sus palacios, en otros tiempos de señorial prestancia; las calles sucias como si faltara el ánimo de luchar contra la adversidad y la propia suciedad fuera un reto imposible que aumentaba la fatiga. He visto una Lisboa con una población en su mayoría derrotada, como si las clases distinguidas hubieran desaparecido, se hubieran escondido agazapadas en la intimidad de sus casas o en lugares poco frecuentados.* Dos días después de pasar por Lisboa, Chueca tenía ocasión de detectar esas mismas lacras en el rostro de Bilbao, los mismos *signos de degradación* atribuibles a un proceso revolucionario, porque una revolución lo mismo puede consistir en un estallido como el de Lisboa que en una lenta enfermedad que mina poco a poco el organismo. Digo y repito que en estos diez años últimos, en este decenio siniestro, hemos vuelto en España al siglo XIX, y así se explica que las reflexiones de Chueca parezcan contemporáneas de las que, en ese siglo tan actual hoy entre nosotros, hizo Juan Eugenio Hartzenbusch y recogió José María Izquierdo: *Tres cosas pueden conocerse a primera vista de una ciudad: en qué estado se halla la educación, cuál es el gusto artístico de sus habitantes, cuál el concepto que merece su policía. ¿Véis paredes tiznadas, rayadas y descascaradas, efigies sin narices ni dedos, álamos y acacias heridos y con tiras de corteza colgando? Allí es defectuosa la educación, no hay amor, ni artes, no hay policía diligente.*

Izquierdo hace la síntesis de la gracia de Maragall con la civilización de *Xènius* y el nexo de que se vale es la arquitectura, es decir, la jerarquía. Gracia, jerarquía, civilización, podría ser otra consigna de Izquierdo, y si la civilización industrial es una civilización desalmada, una civilización sin alma, es por haberse olvidado del significado jerárquico, es decir, arquitectónico, de la sociedad. Una ciudad que ha perdido la gracia y el sentido de la jerarquía no coloniza su entorno con la ciudad-jardín, sino que la devasta con el suburbio, y el suburbio, que carece de jerarquía y de gracia, carece además de raíces, es una excrescencia parasitaria y adventicia, un horrible moho, como decía Ruskin, un panorama histológico de células cancerígenas, como dice Lorenz.

La abolición de las jerarquías en esta civilización igualitaria ha hecho que el suburbio imponga a la urbe su estilo, su mal estilo; no sólo se ha detenido la acción colonizadora de la urbe, sino que su acción devastadora se ha vuelto contra ella, y es el suburbio igualitario, amorfo y anárquico el que impone a la megalópolis su siniestra fisonomía. Ya no existe solución de continuidad entre los barrios elegantes y los barrios bajos, igualados, nivelados como están por un máximo común

denominador de ordinariez y vulgaridad. Los medios de difusión de masas no han dejado de contribuir al consiguiente desarraigo del espíritu cívico y la maraña de antenas de televisión en los tejados y azoteas de los suburbios y de la ciudad suburbanizada es justamente la metáfora de esa maraña de raíces aéreas y adventicias con que el suburbio parasitiza y vampiriza a la ciudad. A esa devastación no escapa la ciudad-jardín ni la conurbación que va fagocitando núcleos urbanos que aún son domicilio, como en la *Cité antique* de Fustel de Coulanges, de los dioses y de los hombres.

José María Izquierdo ve a Sevilla como Rubén Darío se veía a sí mismo, *muy siglo dieciocho y muy antigua y muy moderna...* Ciudad de la gracia cuya síntesis es la plaza del Triunfo, en la que se combinan lo mudéjar (el Alcázar), lo ojival (la Catedral), lo renaciente (la Lonja), emblemas arquitectónicos del sentido sevillano de la política, de la religión y de la economía. Muy cerca, añade,... *y como adivinándose, la Giralda. Lo mudéjar, lo ojival, lo renaciente... y lo etéreo. Las tres Gracias... y la Gracia.* Esa gracia en forma de torre forma con el río además el perfil de la ciudad, pero es que además en esa torre están las campanas, y no olvidemos que fue el tañido de la campana el que marcaba con su alcance el perímetro de la ciudad. Esa campana dio un sentido cristiano a aquella afirmación de Fustel de Coulanges, de que *toda ciudad era santuario; toda ciudad podía llamarse santa. En la plaza del Triunfo tenemos la unidad de arquitectura civil y religiosa donde Spengler veía la ciudad del Geist, la ciudad del Espíritu, la ciudad de la Gracia de Izquierdo, distinta aunque no opuesta a la simétrica ciudad del Logos de Plotino, a la ciudad de la Inteligencia de Xènius.*

Ni gracia ni inteligencia ni tañido de campanas ni aroma de jardines ni sentido de lo sacro hallamos en lo que Mumford llama *la insensata ciudad industrial*, mezcla de fábrica y de suburbio degradado, donde la horizontalidad del espacio se impone a la verticalidad del tiempo. A esta ciudad desacralizada y por consiguiente deshumanizada, en la que el espíritu cívico ha sido sustituido por la inseguridad ciudadana, la llama Rosario Assunto *espacio de la Praxis y ciudad de Prometeo*, y es precisamente Mumford el que, para meterla en cintura, sugiere *poner a Prometeo bajo la dirección de Orfeo*. Y es curioso que muchos años antes Izquierdo evoque conjuntamente los mitos de Prometeo y de Orfeo y, después de recordar que *Orfeo señala el triunfo del ideal apolíneo sobre la fuerza dionisíaca; la exaltación del arte santo y santificante por cima de los instintos ciegos y los impulsos fatales de la naturaleza; la victoriosa*

glorificación de la belleza, de la armonía, de la gracia», confiesa que su más ferviente anhelo «es hacer de Sevilla una ciudad órfica, apolínea...»

Con miras a la conmemoración del V centenario del Descubrimiento de América se han lanzado dos iniciativas distintas e igualmente loables, en las que tácitamente se rinde tributo a la clarividencia de Izquierdo en su amor por la ciudad: el rescate del centro histórico y la ampliación de la ciudad, en el sentido noble del término, en torno a la Cartuja de Santa María de las Cuevas. Izquierdo pensó sobre estas cuestiones porque ya entonces se proyectaba la renovación de la ciudad a través de la Exposición Hispano-Americana que luego se llamaría Iberoamericana. Ahora bien, el rescate del centro histórico pasa ineludiblemente por la repriminación del concepto de jerarquía y de orden, de orden público, que es un orden más de la arquitectura, y la extensión de la ciudad hacia el Oeste no es simplemente la ocupación de una superficie de especulación, sino el encuentro de la ciudad con su historia, con los sacros lugares de su historia, enumerados por Izquierdo en su día: Itálica, ciudad del Logos, *Pompeya Bética*; el **Vergentum** de los romanos, Aljarafe de los árabes; Santa María de las Cuevas y San Isidoro del Campo; la *Sevilla vieja* de Rodrigo Caro; la Itálica-Isabelina que soñaron los sevillanos del XIX, delimitada por el Guadalquivir y por la Madre Vieja del Aljarafe. Una Sevilla de héroes como Guzmán el Bueno y Hernán Cortés, de santos y sabios como San Isidoro y San Leadro, de artistas como Martínez Montañés y los ceramistas populares de la Cartuja. Una Sevilla en la que Hércules –digámoslo con palabras del maestro Rubén– vuelva a ser como Orfeo.

A lo mejor para entonces la Exposición Iberoamericana vuelve a llamarse Hispanoamericana y a la vez que el V Centenario del Descubrimiento de América se celebra un V Centenario que es condición previa de éste y del que hoy nadie habla en este Estado de nuestras autonomías: el V Centenario de la unidad de España.